

Fred Vargas

Más allá, a la derecha

Traducción del francés de Manuel Serrat Crespo

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

I

—¿Y qué pintas tú en este barrio?

A la vieja Marthe le gustaba discutir. Aquella noche, no había tenido bastante y, con el dueño, en la barra, se había emperrado en un crucigrama. El dueño era un buen tipo, aunque exasperante para los crucigramas. Respondía a bulto, sin respetar la definición ni adaptarse a la plantilla. Sin embargo, habría podido servir, iba fuerte en geografía, lo que resultaba curioso porque nunca había salido de París, al igual que Marthe. Corre por Rusia de dos letras vertical, el patrón había propuesto «Yenisei».

En fin, siempre era mejor que no hablar de nada.

Louis Kehlweiler había entrado en el café sobre las once. Hacía dos meses que Marthe no le veía y, de hecho, lo había echado de menos. Kehlweiler había metido una moneda en el flipper y Marthe contemplaba los recorridos de la gran bola. Aquel juego de majaras, con un espacio hecho aposta para perder la bola, con una pendiente que debía subirse a costa de incesantes esfuerzos y que, una vez logrado, volvía a bajarse de pronto para perderse en el espacio hecho aposta, la había contrariado siempre. Le parecía que, en el fondo, la máquina no dejaba de dar lecciones de moral, de una moral austera, injusta y deprimente. Y si, con un legítimo arrebató, le soltabas un puñetazo, ella tilteaba y eras castigado. Y encima tenías que pagar por ello. Habían intentado explicarle que era un instrumento

de diversión, pero ni por ésas, aquello le recordaba su catequesis.

—¿Eh? ¿Qué pintas tú en este barrio?

—He pasado a echar un vistazo —dijo Louis—. Vincent ha descubierto algunos chanchullos.

—¿Chanchullos que valen la pena?

Louis calló, el asunto era urgente, la bola del flipper se dirigía directamente a la nada. La alcanzó con una de las palas y volvió a crepitar en las alturas, vacilante.

—Juegas blando —dijo Marthe.

—Ya lo he visto, pero no paras de hablar.

—Claro. Cuando te dedicas a tu catequesis, no oyes lo que te dicen. No me has respondido. ¿Vale la pena?

—Puede, habrá que ver.

—¿Qué es? ¿Política, una granujada o indeterminado?

—No berrees así, Marthe. Algún día tendrás problemas. Digamos que se trata de un super-facha que está donde no se le esperaba. Y eso me intriga.

—¿Algo bueno?

—Sí, Marthe. De verdad de la buena, con denominación de origen, embotellado en la propiedad. Habría que verlo, claro.

—¿Y dónde es eso? ¿En qué banco?

—En el banco 102.

Louis sonrió y lanzó una bola. Marthe reflexionaba. Se embrollaba, perdía la cuenta. Confundía el banco 102 con los bancos 107 y 98. A Louis le había parecido más sencillo asignar números a los bancos públicos de París que le serían de observatorio. A los bancos interesantes, claro está. La verdad es que era más cómodo que describir su situación topográfica precisa, y más cuando la situación de los bancos suele ser confusa. Pero, en veinte años, se habían producido cambios, bancos jubilados y otros nuevos de los que debían ocuparse. Habían tenido, asimismo, que numerar algunos árboles cuando faltaban los bancos en los emplazamientos clave de la capital. Estaban también los bancos de paso, para las historias de poca monta. A ese ritmo, habían llegado ya al 137, porque nunca reutilizaban un número antiguo, y

todo se mezclaba en su cabeza. Pero Louis prohibía que se tomaran notas.

–¿El 102 es el que tiene la florista detrás? –preguntó Marthe frunciendo el ceño.

–No, ése es el 107.

–Mierda –dijo Marthe–. Invítame a un trago al menos.

–Toma lo que quieras en el bar. Me quedan tres bolas.

Marthe ya no estaba muy en forma. A los setenta años, no podía ya merodear como antes por la ciudad, entre dos clientes. Y, además, confundía los bancos. Pero bueno, era Marthe. No proporcionaba ya muchas informaciones pero tenía intuiciones excelentes. De su último soplo hacía al menos diez años. Y había montado un saludable follón, que era lo esencial.

–Bebes demasiado, colega –le dijo Louis tirando del resorte del flipper.

–Vigila la bola, Ludwig.

Marthe le llamaba Ludwig y otros le llamaban Louis. Cada cual elegía, estaba acostumbrado. Hacía ahora cincuenta años que la gente oscilaba de un nombre a otro. Incluso algunos le llamaban Louis-Ludwig. Y eso le parecía tonto, nadie se llama Louis-Louis.

–¿Has traído a Bufo? –preguntó Marthe regresando con un vaso.

–Sabes muy bien que los cafés le dan miedo.

–¿Está en forma? ¿Las cosas van bien entre vosotros?

–Es mi gran amor, Marthe.

Se hizo un silencio.

–Ya no se ve a tu amiguita –prosiguió Marthe acodándose en el flipper.

–Se ha largado. Aparta tu brazo, ya no veo el juego.

–¿Cuándo?

–¡Apártate, hostia! Esta tarde ha embalado sus trastos cuando yo no estaba y ha dejado una carta en la cama. Mira, me has hecho fallar la bola.

–Es que tu juego es blando. ¿Habrás comido, por lo menos, a mediodía? ¿Cómo era la carta?

–Lamentable. Sí, he comido.

–No es fácil escribir una buena carta cuando uno se larga.

–¿Por qué no? Basta con hablar en vez de escribir.

Louis le sonrió a Marthe y golpeó con la palma de la mano un costado del flipper. Una carta lamentable, realmente. Bueno, Sonia se había marchado, estaba en su derecho, no iba a darle vueltas a eso sin cesar. Ella se había marchado, él estaba triste, eso era todo. Estaban pasando el mundo a sangre y fuego y no iba él a perder los estribos por una mujer que se largaba. Aunque, claro está, era triste.

–No te rompas la cabeza por eso –dijo Marthe.

–Lo lamento. Y estaba esa experiencia, ¿lo recuerdas? Se ha jodido.

–¿Y qué esperabas? ¿Que se quedara sólo por tu bonita cara? No digo que seas feo, no me hagas decir lo que no he dicho.

–Yo no hago nada.

–Pero no bastan, Ludwig, los ojos verdes y todo lo demás. También yo los tenía. Y tu rodilla tiesa, francamente, es una pega. A algunas muchachas no les gustan los hombres que cojean. Les molesta, métetelo en el coco.

–Ya está.

–No te rompas la cabeza.

Louis rió y puso una caricia en la vieja mano de Marthe.

–No me rompo la cabeza.

–Si tú lo dices... ¿Quieres que pase por el banco 102?

–Haz lo que quieras, Marthe. No soy el propietario de los bancos de París.

–Podrías dar órdenes de vez en cuando, ¿no?

–No.

–Bueno, pues te equivocas. Dar órdenes es de hombres. Pero claro, si no sabes obedecer, no veo cómo podrías mandar.

–Evidentemente.

–¿No te la he dicho ya muchas veces? ¿La fórmula?

–Cien veces, Marthe.

–Las buenas fórmulas no se gastan.

Habría podido evitar que Sonia se largara, claro. Pero había querido intentar la imbécil experiencia del hombre hombre, y ahí estaba el resultado, cinco meses después ella se había largado. Bueno, ya estaba bien, ya había pensado demasiado en ello, estaba bastante triste, pasaban el mundo a sangre y fuego, había trabajo, tanto en los pequeños como en los grandes asuntos de este mundo, no iba a pensar en Sonia diez mil horas, ni en su lamentable carta, tenía otras cosas que hacer. Pero en las alturas, en ese jodido ministerio por el que tanto había vagado como un electrón libre, deseado, detestado, indispensable y muy bien pagado, le ponían de patitas en la calle. Llegaban nuevas caras, nuevas caras de viejos imbéciles, aunque no todos eran imbéciles por lo demás, eso era lo malo, y no deseaban ya la ayuda de un tipo demasiado enterado de todo. Le despedían, desconfiaban, y con razón. Pero su reacción era absurda.

Tomemos una mosca, por ejemplo.

–Toma una mosca, por ejemplo –dijo Louis.

Louis había terminado su partida, un resultado mediocre. Eran molestas esas nuevas máquinas del flipper en las que debía mirarse, a la vez, la pantalla y la bola. Pero, a veces, tres o cuatro bolas comenzaban a caer al mismo tiempo y era interesante, dijera Marthe lo que dijese. Se apoyó en la barra esperando a que Marthe trasegara su cerveza.

Cuando Sonia había dado las primeras señales de partida, él había intentado contar, decir lo que había hecho, en los ministerios, en las calles, en los tribunales de justicia, en los cafés, la campiña, los despachos de la pasma. Veinticinco años limpiando el campo de minas, así se refería a ello, acosando a hombres de piedra y a pensamientos pestilenciales. Veinticinco años de vigilancia, y de haber conocido a demasiados hombres de cerebro rocoso, que vagaban en solitario, que actuaban en grupo, que aullaban en hordas, con las mismas rocas en la cabeza y las mismas matanzas en las manos, mierda. A Sonia le hubiera gustado como artificiero. Tal vez se hubiera quedado, incluso con su rodilla tiesa, abrasada en el incendio de un hotel asaltado, cerca de

Antibes. Eso es de hombres. Pero lo había aguantado, no había contado nada en absoluto. Sólo había ofrecido, como atractivo, su fachada y su palabra, a ver qué pasaba. Sonia creía que lo de la rodilla había sido una caída en las escaleras del metro. Cosas como ésa joroban a un hombre. Marthe le había avisado, tendría una decepción, las mujeres no eran mejores que los demás, no había que esperar milagros. Tal vez Bufo no hubiera arreglado las cosas.

–¿Tomamos un trago, Ludwig?

–Ya has bebido bastante, te acompañaré.

No es que Marthe corriera riesgo alguno, dado que no tenía ni un duro y lo había ya visto y hecho todo, pero cuando llovía por la noche e iba un poco borracha, tenía cierta tendencia a romperse la jeta.

–Bueno, ¿y lo de tu mosca? –preguntó Marthe saliendo del bar y poniéndose, con una mano, una bolsa de plástico en la cabeza–. Estabas hablándome de una mosca.

–¿Te da miedo la lluvia ahora?

–Es por el tinte. Si se corre, ¿qué voy a parecer?

–Una puta vieja.

–Es lo que soy.

–Es lo que eres.

Marthe se rió. Su risa era conocida en el barrio desde hacía medio siglo. Un tipo se volvió y le dirigió un saludo con la mano.

–No puedes figurarte –dijo Marthe– cómo era ése hace treinta años. No voy a decirte quién es, no es mi estilo.

–Ya sé quién es –dijo Louis sonriendo.

–Oye, Ludwig, espero que no estés hurgando en mi agenda. Ya sabes que respeto el oficio.

–Y yo espero que lo hayas dicho sólo por decirlo.

–Sí, por decirlo.

–De todos modos, Marthe, esa agenda podría interesar a tipos menos escrupulosos que yo. Debieras destruirla, te lo he dicho ya cien veces.

–Demasiados recuerdos. La flor y nata llamando a mi puerta, imagínate...

-Te digo que la destruyas. Es arriesgado.

-¡Y un huevo! La flor y nata ha envejecido... ¿A quién quieres que le interese la vieja flor y nata?

-A mucha gente. Y si sólo tuvieras los nombres, tendría un pase, pero también tienes tus notitas, ¿no es cierto, Marthe?

-Oye, Ludwig, ¿no tomas tú a veces notitas?

-Baja la voz, Marthe, no estamos en campo abierto.

Marthe siempre había hablado demasiado alto.

-¿Eh? ¿Cuadernos? ¿Investigaciones? ¿Recuerdos de la limpieza de minas? ¿Las has tirado tú cuando los de arriba te han dado puerta? Por cierto, ¿realmente te han dado puerta, de verdad de la buena?

-Eso parece. Pero conservo relaciones. Les costará librarse de mí. Mira, toma una mosca, por ejemplo.

-Si quieres, pero yo estoy rendida. ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Ese jodido río de Rusia que sale siempre, de tres letras, te dice algo?

-El Obi, Marthe, te lo he dicho ya cien veces.

Kehlweiler dejó a Marthe delante de su casa, la escuchó subiendo la escalera y entró luego en el café de la avenida. Era casi la una de la madrugada, no había mucha gente ya. Algunos noctámbulos, como él. Los conocía a todos, tenía una memoria sedienta de rostros y de nombres, perpetuamente insatisfecha y pedigüeña. Algo que, por otra parte, preocupaba mucho en el ministerio.

Una cerveza y, luego, ya no se devanaría los sesos con Sonia. También habría podido contarle lo de su gran ejército, un centenar de hombres y mujeres con quienes podía contar, unos ojos en cada distrito, más de veinte en París, no se puede limpiar solo las minas. Tal vez Sonia se habría quedado. Pero ¡a hacer puñetas!

Tomemos una mosca, pues. La mosca ha entrado en la casa y molesta a todo el mundo. Toneladas de aleteos por segundo. Tiene huevos una mosca, pero jode. Vuela en todas direcciones, anda por el techo sin ningún truco. Se mete donde no debe y, sobre todo, encuentra la menor gota de miel extraviada. La jodienda pública. Exactamente como él. Encon-

traba miel donde todo el mundo creía haber limpiado bien, no haber dejado huellas. Miel o mierda, naturalmente, para una mosca todo vale. La reacción imbécil es echar a la mosca. Ésta es la sandez. Pues, una vez fuera, ¿qué hace la mosca?

Louis Kehlweiler pagó su cerveza, saludó a todo el mundo y salió del bar. No tenía la menor gana de regresar a casa. Iría a sentarse en el banco 102. Cuando empezó, tenía cuatro bancos y, ahora, ciento treinta y siete, más sesenta y cuatro árboles. Desde aquellos bancos y aquellos castaños había visto un montón de cosas. También habría podido contar eso, pero se había aguantado. Ahora llovía a mares.

Pues, una vez fuera, ¿qué hace la mosca? Hace el imbécil dos o tres minutos, claro está, y luego se aparea. Y luego pone. Más tarde, llegan miles de pequeñas moscas que crecen, hacen el imbécil y, luego, se aparean. Por lo tanto, nada es más absurdo que librarse de una mosca echándola fuera. Eso multiplica la potencia de la mosca. Hay que dejarla dentro, dejar que haga sus chorradas de mosca y tener paciencia hasta que la edad la agarre y se fatigue. Mientras que una mosca fuera es una amenaza, un gran peligro. Y aquellos cretinos le habían puesto de patitas en la calle. Como si, una vez en la calle, fuera a detenerse. Pero no, iba a ser peor. Y, evidentemente, no podían permitirse golpearle con un trapo como se procede a veces con una mosca.

Kehlweiler llegó a la vista del banco 102 bajo un diluvio. Era un buen territorio, frente al domicilio del sobrino de un diputado muy discreto. Kehlweiler sabía adoptar el aire de un tipo perdido, era bastante natural en él, y nadie desconfiaba de un corpachón abandonado en un banco. Ni siquiera cuando ese corpachón iniciaba, a paso lento, un seguimiento.

Se detuvo e hizo una mueca. Un perro le había ensuciado el territorio. Allí, en la reja del árbol, al pie del banco. A Louis Kehlweiler no le gustaba que mancillaran sus emplazamientos. Estuvo a punto de dar marcha atrás. Pero pasaban el mundo a sangre y fuego, no iba a esfumarse ante el irrisorio excremento de un perro absurdo.

A mediodía, había almorzado en el banco, y el territorio estaba virgen. Y esta tarde, una mujer que se largaba, una lamentable carta en la cama, un resultado mediocre en el flipper, un territorio sucio, una vaga desesperanza.

Demasiada cerveza, esta noche, era muy posible, no afirmaba lo contrario. Y nadie en las calles bajo aquel chaparrón que, por lo menos, limpiaría las aceras, las rejas del árbol y el puesto 102; también su cabeza, tal vez. Si Vincent le había informado bien, el sobrino del diputado recibía, desde hacía algunas semanas, a un personaje oscuro que le interesaba. Quería verlo. Pero esta noche no había luz en las ventanas, ni movimiento.

Se protegió de la lluvia con la chaqueta y anotó algunas líneas en un cuaderno. Marthe debería librarse del suyo. Para hacerlo bien, sería necesario arrebatárselo por la fuerza. Marthe, nadie lo hubiera creído, había sido el más hermoso gancho de todo el distrito 5, según le habían dicho. Kehlweiler echó un vistazo a la reja del árbol. Quería marcharse. No es que se echara para atrás, pero por esta noche ya estaba bien, quería dormir. Evidentemente, podía estar allí mañana al amanecer. Le habían alabado mucho las maravillas del amanecer, pero a Kehlweiler le gustaba dormir. Y, cuando quería dormir, no había nada que lo detuviera. A veces pasaban, incluso, el mundo a sangre y fuego y él quería dormir. Así eran las cosas, y no se envanecía ni se avergonzaba, aunque a veces sí, y no podía evitarlo, y eso le había valido bastantes follones y fallos incluso. Pagaba su tributo al sueño. El porvenir es de los que madrugan, dicen. Y es una idiotez, pues también a los que se acuestan tarde les llega el porvenir. Mañana, podría estar ahí hacia las once.